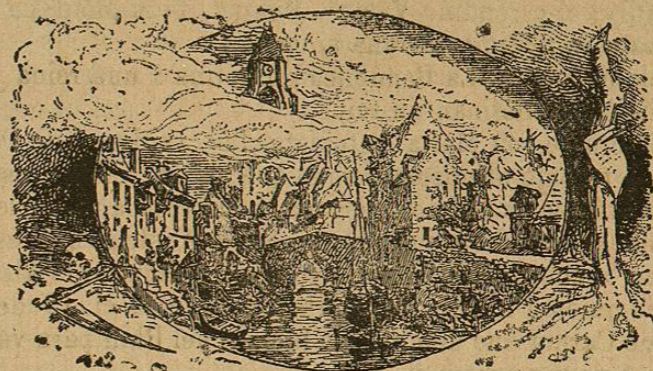
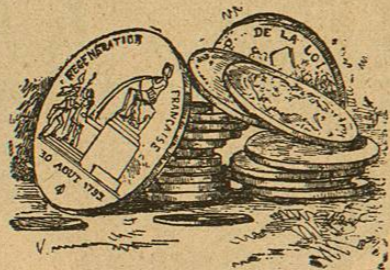


El decreto exterminador fué llevado á la Convención.

Había un hecho concreto. Dubois-Grancé no pudo impedir el paso de dos mil desesperados á través de sus fuerzas, que se componían de 60.000 hombres.

«¿Cómo explicar—decía Barere—que dos mil hombres hayan podido atravesar entre sesenta mil? Es un enigma para el cual tenemos el calificativo.»

Dos dantonistas, Bourdon y Fabre de Eglantine, pidieron una investigación. Así se trocaban los papeles. La misión de los dantonistas y hebertistas quedó consumada. Los odios mutuos reaparecen, pero siempre con una probabilidad de conciliación con el odio que les profesaba Robespierre.



CAPITULO VIII

Muerte de la reina.—Victoria de Wattignies (16 Octubre)

Proceso de la reina (14-16 Octubre 93).—Posición de Wattignies.—Ataques infructuosos del día 16.—Esfuerzos desesperados del día 16.

El comité de Salud pública por su elevada declaración de honradez absoluta y de guerra á los partidos hecha el día 10 por Saint-Just se colocó en la necesidad imprescindible de vencer al extranjero. A la más pequeña caída todos los partidos gritarían contra el comité.

Robespierre especialmente veía su suerte suspendida de esta especie de lotería.

Para franquear este abismo era necesario matar á la reina, matar á los girondinos, batir á los austriacos.

A los amigos de Chalier sólo se les podría hacer callar arrojando á sus pies la cabeza de Austria.

A las banderas acusadoras de Dubois-Grancé, oponer las banderas negras y amarillas del austriaco, la victoria sobre la colisión.

La reina fué ejecutada en muy poco tiempo; comenzó el proceso el día 14, quedó concluido el 15 y fué ejecutada el 16, día de la batalla. Su muerte fué muy poco sentida en París. Se pensaba en otras cosas, en los escándalos de Lion, la lucha terrible, desesperada, que sostenía el ejército del Norte.

La reina era la culpable. Ella llamó al extranjero. Esto ha quedado demostrado ya evidentemente. No se tenía entonces ninguna prueba. Ella quiso defender su vida. Dijo que era una mujer, una esposa obediente, que no había hecho más que la voluntad de su marido, arrojando la falta sobre él.

Lo que hubo de sorprendente en este proceso es que se hizo comparecer testigos inútiles, condenados á muerte ya, tales como el consti-

tucional Bailly, el girondino Valazé, Manuel, de la Montaña moderada, tres muertos para testimoniar una muerte.

Terrible momento. La República guillotina á una reina y los reyes con su coalición guillotinan un reino.

Polonia muere con Maria Antonieta. Los verdugos de Polonia han terminado su trabajo al mismo tiempo que los de ella. Prusia está gozosa; el espectáculo es conmovedor. Ya puede Prusia moverse, marchar sobre el Rhin, ganar el oro inglés, ayudar á Austria, que esta vez no saca nada en la cuestión de Polonia y quiere decomisar la Alsacia. Austria y Prusia quieren hundir las puertas de Francia el 13 de Octubre. El cálculo de Carnot que debilitó las fuerzas del Rhin para vencer en el Norte se va á volver contra él.

Carnot parece hombre perdido. Barere ha sido quien pese á Robespierre, á Bouchotte y á Hebert, metió en el comité á Carnot. ¿Qué podía hacer este hombre cuando nuestros ejércitos permanecían inmóviles, impidiéndoles caminar la miseria? Las administraciones militares (subsistencias, equipos, transportes) la caballería inclusive estaban destrazadas.

Hoche decía duramente: «Hacemos una guerra de azar, de relumbión; no tenemos iniciativas; seguimos al enemigo hacia donde le vemos mover.»

El comité se despertó.

Los austriacos hacían la guerra científicamente. Austria estudió nuestro territorio geográficamente, siguiendo el curso de las plazas fuertes escalonadas.

La principal arteria del Norte estaba en su poder: el Escauto, Condé y Valenciennes. Después se apoderó de una posición inexpugnable en Guesnay, cerca de la hermosa floresta de Mormal. Otro hubiera avanzado hacia el centro, pero el austriaco prefería arraigarse en el Norte, tomar Landrieries y Maubeuge, veinte mil hombres, un ejército, la mayor parte de las reclutas nuevas. El 28 de Septiembre por la mañana el austriaco más vivamente de lo que se esperaba dada su natural pesadez, pasó el Sambre. Ni Maubenge ni el campo tenían provisiones. Desde el octavo día comieron carne de caballo. Los austriacos tenían ya desde la víspera sobre la villa sesenta cañones, pero nada tenían que hacer.

Los asediados, muertos de hambre, habían perdido su fuerza. Las praderas estaban incendiadas. A todo se le prendía fuego. El llanto de los campesinos refugiados, el extraordinario número de heridos y los gritos, desmoralizaban al soldado. El representante Drouet creyó perdida la población, intentó pasar y fué cogido, enviándosele rectamente al Spielberg. Trece dragones fueron más afortunados. Pasaron á través de las balas, yendo á pedir auxilio á treinta leguas de distancia, regresando aún á tiempo para tomar parte en la batalla.

El general Houchard se había sostenido un mes. Después se le conduce á París para guillotinarle. Nadie quería mandar ejércitos. Lo

hizo la prensa entonces. Se nombra á Jourdan, quien jamás había tenido mando. Se niega, pero le obligan á aceptar. Se sacrifica.

Jourdan comienza á buscar el ejército que debía mandar. Se había dispersado buscando comida. Aquel país en treinta leguas no tenía ni un solo almacén. Jourdan se detiene en Ardenes para completar el ejército del Norte, haciéndole ascender á cuarenta mil hombres.

Cobourg acababa de recibir doce mil holandeses y ya contaba con ochenta mil soldados; no olvidó tampoco llamar á los ingleses que estaban á dos pasos. Dejó treinta mil hombres para que vigilaran á los famélicos de Aubeuge, y él con el cuerpo principal de sus fuerzas marchó á dos leguas sobre un encadenamiento de colinas, de pequeños pueblos, cerrados todos los caminos por espesas arboledas. Las alturas estaban coronadas por las fuerzas austriacas, cuyos formidables cañones mostraban al enemigo la reluciente garganta. La infantería húngara, fuerte, vigilaba próximamente. Detrás encontrábase las gruesas masas austriacas y croatas. A un lado, en la llanura veíanse innumerables batallones que la artillería había diezmado.

Más dirigía el excelente Clairfayt que Cobourg.

Se trataba de otro Jemmapes, pero mucho más grande, más trascendental; ejército triple y victorioso, posiciones más penosas, más ásperas. Cobourg recorría este anfiteatro, este admirable encadenamiento de postas, de barreras artificiales y naturales, de fuerzas de todo género que se unían y prestaban apoyo: «Si vienen aquí, me hago *sans culottes*» decía Cobourg.

No se cumplió la promesa de Cobourg. Llevado á Francia le costó mucho ponerse el gorro frigio. Sus bandas atravesaron la villa de Avesnes, cantando á voz en grito los himnos patrióticos.

El día 14 Maubeuge comenzó á recibir las bombas austriacas.

Carnot y Jourdan estaban frente al enemigo; se miran, se tantean. Muchos querían salir de Maubeuge, pero otros temían una traición.

Cuando Carnot llegó llevando consigo una terrible responsabilidad, la vida ó la muerte de la República, la causa de las libertades del mundo, este gran hombre sintió temores de una derrota y quiso atacar toda la línea enemiga, realizando un golpe audaz que pusiera su causa en las probalidades de la victoria, guardando sus comunicaciones de la carretera de Guisa, donde estaban reservadas las fuerzas del levantamiento en masa, de suerte que si ocurría una derrota esta población fuese la trinchera que les protegiese para la retirada: ante él tenía tres poblaciones: Wattignies á la izquierda, á la derecha Leval etc. y Doleurs al centro.

Sus tres divisiones marchan unidas, pero en un momento determinado debían de penetrar en el centro y marchar sobre Maubeuge, cayendo sobre Cobourg y obligándole á repasar el Sambre.

La derecha, victoriosa al primer empuje, se instala en la llanura en vez de forzar las alturas y encuentra á la caballería enemiga que la

dispersa inmediatamente, apoderándose de todos sus cañones. Desorden. Un momento después los voluntarios se habían repuesto con el aplomo de soldados viejos.

La izquierda salió mejor. Marchó hacia Wagtines, pero le faltaba el centro que le sirviera de apoyo.

Durante el encuentro, en Doleurs combate el centro á la bayoneta, Jourdan inclusive. Al primer choque queda desordenado el enemigo. Los nuestros llegan enardecidos al pie de las alturas, encontrándose frente á las terribles ametralladoras enemigas. Algunos soldados siguieron la marcha. Un tambor de quince años penetra en Doleurs, sube al campanario y bate furiosamente el parche. Los batallones, la caballería austriaca se espantan y comienzan á dispersarse.

En 1837 se encontraron los huesos del pobre tambor entre los cadáveres de siete granaderos húngaros.

En el momento en que los nuestros dudan bajo las fauces de las ametralladoras, la caballería austriaca hizo un ataque á nuestro flanco.

Jourdan retrocedió. Carnot se acercó entonces y le dijo: «¡Cobarde!» Jourdan quiso hacer como Dampierre, dejarse matar. Una y otra vez condujo á sus tropas hasta la boca misma de los cañones enemigos. Ni un soldado nuestro retrocedió. Todos se abrazaron á la muerte.

La noche puso fin á esta afrentosa ejecución. Cobourg creía haber vencido. ¿Qué hombres no hubiesen perdido su valor?

Se repitieron con entusiasmo las palabras del mariscal Sae: «Una batalla perdida es una batalla que se cree haber perdido.»

Los nuestros después de sus atroces pérdidas no se creyeron derrotados.

La noche del 15 recibió Carnot el aviso de que Rusia y Austria habían forzado las líneas de la Alsacia, las puertas de la Francia, con fuerzas de los emigrados.

Bajo pena de muerte había que vencer el 16.

El mismo día moría la reina.

El día 16 fué cuando ocurrió el verdadero aniquilamiento de la Vendés. Pasó el Loira y este inmenso ejército corrió hacia el Oeste. ¿Dónde se arrojaría? ¿Sobre París?

La desesperación iluminó á Carnot y Jourdan, realizando una cosa increíble. De cuarenta y cinco mil hombres que tenían tomaron veinticuatro mil y los llevaron á la izquierda, dejando débiles las líneas del centro y de la derecha. El centro y la derecha podían ser sacrificados. Se jugaba el destino de la Francia en una operación tan azarosa. Si Clairfayt hubiese tenido luz para observar todo se hubiera perdido.

El 16 del mes de Octubre del 93 á mediodía, Carnot y Jourdan, silenciosos, marchaban con la mitad del ejército hacia la llanura de Wattignies.

Wattignies es una soberbia posición bordeada de un pequeño río y de gargantas estrechas y profundas. La peligrosa marcha que ha de

hacerse sobre sus pendientes era terrible para un ejército, y más si se tiene en cuenta que en las alturas se encontraban las fuerzas dispuestas para el ataque.

Levantán los franceses una espesa capa de polvo.

Los austriacos distinguen á nuestro ejército que ya está al pie de las trincheras: «¡Viva la República!» oyen gritar con entusiasmo. Tres columnas suben por las pendientes accidentadas que dan acceso á la población. Los austriacos hacen descargas cerradas. Nada detiene á nuestros soldados. Suben sin hacer caso de la pólvora enemiga. Hasta cañones llevan consigo. Cada columna tiene su artillería volante. Se las dispone y comienzan los franceses á hacer fuego mortífero contra el austriaco, que no sabe si asombrarse de la heroicidad sublime de aquellos republicanos.

Tres regimientos austriacos desaparecieron. Su propia artillería sirvió para que los nuestros los diezmasen. Una sola de nuestras brigadas sufrió considerablemente por haber encontrado de frente el espantoso huracán de la caballería húngara.

Cobourg luchó terriblemente. Lanzó sus soldados contra los nuestros con la fuerza y la velocidad del rayo, pero nada consiguió. Sin embargo, nos causó enormes bajas. Carnot y Duquesnoy, los representantes del pueblo, destituyeron al general, tomaron el fusil y marcharon al pie, mostrando á los jóvenes soldados como se habían de servir del arma.

Carnot, llevaba otras dos piezas consigo, su hermano, antiguo fraile, después campesino y finalmente militar. Duquesnoy y los hermanos Carnot y Jourdan ganaron la batalla. El enemigo aun aprovechó la debilidad en que había quedado la derecha.

Cobourg, sin embargo, no supo como explicarse el golpe que acababa de recibir en Wattignies y partió sin esperar á York que llegaba á socorrerlo. Multiplicó su fuego para despistar á nuestras tropas y repasó el Sambre.

Maubeuge había sido libertado.

Esta batalla tuvo muy buenos resultados. Durante algun tiempo cubrió el Norte de Francia y le permitió con más desahogo la defensa y ataque en el Rin.

Durante el invierno nos dió la paz interior, y desgraciadamente tiempo de sobra para que se exterminaran los partidos.

Carnot, que obtuvo la victoria, se metió en su casa de las Tullerías y dejó que triunfaran sus colegas.

Jourdan, que es á quien se quería destinar á Bélgica sin víveres ni caballería, hizo algunas observaciones y fué destituido.

La gran cuestión del Rin fué confiada á Pichegru y á Hoche, dos soldados convertidos de repente en generales jefes.